

EL EVANGELIO DE JUAN PABLO II

Juan Pablo II ha hablado. Se esperaba su palabra. Aun a pesar de las palabras que anteriormente había pronunciado —Roma y México, principalmente—, se esperaba en el mundo y en la Iglesia una palabra suya más profunda, más solemne, que definiera más concretamente el programa de su pontificado.

Se esperaba en el mundo. Porque el mundo de hoy, ese mundo secular que, a pesar de todos los progresos, no ha encontrado todavía los caminos de la humanidad, sabe que la Iglesia, por su fuerza moral, tiene una palabra que decir para sus búsquedas. La resonancia de la palabra pontificia en los más altos foros internacionales, incluso el hecho de que órganos de prensa no confesionales publicaran íntegro el documento papal, son una prueba de tales expectativas.

Se esperaba en la Iglesia. Había interés en conocer cuál sería la bandera postconciliar que tomaría en sus manos el nuevo Papa: si la bandera de apertura a los vientos del mundo característica de Juan XXIII, o la de los avances serenos pero constantes de Pablo VI, o la de los temores que esos vientos y esos avances habían despertado en otras altas instancias eclesiales.

El 4 de marzo, primer domingo de cuaresma del año 1979, Juan Pablo II lanzaba "al principio de su ministerio pontifical" su carta encíclica REDEMPTOR HOMINIS, que es su grito de Fe y su programa fundamental, que es un desplegar a los ojos del Pueblo de Dios y de todos los hombres de buena voluntad, lo que será la bandera de su ministerio.

Para los católicos todos es reconfortante contemplar que esa bandera es ante todo una bandera de Fe. Es desde esa Fe hecha experiencia vital y profundizada en el estudio y en la meditación, de donde el Papa nos habla. Para los católicos que en el Concilio vimos un impulso para hacer de nuestra Iglesia un signo e instrumento cada vez más apto y más transparente para el hombre de hoy, es reconfortante leer en el escrito papal su afirmación plena y confiada del Concilio y de lo que son sus líneas maestras y características. Para los hombres de buena voluntad que luchan y se esfuerzan por construir para los hombres un espacio de fraternidad, será confortante el ver que esa fe —como toda auténtica fe cristiana— debe hacer de los cristianos hombres comprometidos con los demás hombres en esa lucha y en ese esfuerzo.

Ciertamente la confesión de Fe de Juan Pablo II le lleva a clavar su mirada en Dios y en los planes de Dios. Pero esa Fe le dice inmediatamente lo grande que es el hombre. Y se lo dice con una fuerza tal, que decirlo a todos los hombres se transforma en su misión fundamental: "En realidad, ese profundo respeto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva" (R.H. n. 10). Contemplar al Dios de Jesús con los ojos de la Fe nos lleva en un mismo movimiento a adorar a Dios y a maravillarnos ante el hombre, ese ser al que ese Dios ha amado tanto y sobre el que tiene tan grandes proyectos. La Iglesia es el grupo social que sabe con la certeza de la Fe lo que vale el hombre, su gran dignidad y tiene la misión de comunicar esta verdad a todos los hombres. "La Iglesia (...) sabe con toda la certeza de la fe que la Redención llevada al cabo por medio de la Cruz, ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo" (ibid) "en Cristo y por Cristo el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su grandeza, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia" (R.H. n. 11).

La Iglesia penetra en el misterio de Jesucristo "a través de la experiencia de la familia humana" (R.H. 13) y así descubre su misión, su único fin: "que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad sobre el hombre y el mundo" (ibid). El hombre al que el cristiano conoce plenamente en Cristo no es el "hombre abstracto, sino real, el hombre concreto, histórico" (ibid). El hombre por el que la Iglesia se preocupa es el "hombre entero" (ibid). Por eso "todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre" (R.H. n. 14), al hombre que es "persona en comunidad" (R.H. n. 61) que escribe su historia en situaciones y estructuras concretas. Por ello la Iglesia "debe ser... consciente de la situación de él... de las amenazas que se presentan al hombre" (ibid).

Juan Pablo II se proclama como un hombre con una misión: la de decirle al hombre de hoy que tiene un destino divino. Y que ese destino "se hace camino... en el mundo temporal" (R.H.n. 18) en el que sus deseos más profundos de fraternidad y justicia son 'una llamada a' y un 'impulso de' el Espíritu de Jesús. Y no sólo 'decirle' sino también 'orientarle' en ese camino. Por eso el Papa y con él la Iglesia toda deben hacer suyos los grandes interrogantes y los grandes problemas del hombre de hoy (Cfr. R.H. n. 15). Por eso el Papa en esta encíclica escrita al principio de su ministerio se pregunta por el hombre de hoy y cuestiona un progreso que no ha llevado a los hombres a "la justicia o al amor social" (ibid). El Papa cuestiona una sociedad que se ha transformado en "civilización consumísta", una sociedad en la que la libertad es libertad de consumir hasta limitar así la libertad de los demás a quienes empuja "hacia condiciones de mayor miseria e indigencia" (ibid). Dice el Papa Juan II "la amplitud de este fenómeno pone en tela de juicio las estructuras y los mecanismos financieros, monetarios, productivos y comerciales que, apoyados en diversas presiones políticas, rigen la economía mundial" (R.H. n. 16). Los sistemas vigentes existentes, manipulan al hombre mediante la organización social, los sistemas de producción, los medios de comunicación social. El trabajo del hombre, su producción se han vuelto

amenaza al hombre "objeto de 'alienación'... (porque) son pura y simplemente arrebatados a quien los ha producido" (R.H. n. 15) o porque pueden "convertirse en medios e instrumentos de una autodestrucción inimaginable" (ibid). En la situación actual de la sociedad, el Papa se proclama defensor de los Derechos Humanos como "base de una continua revisión de los programas, de los sistemas, de los regímenes", porque de lo contrario "la vida humana, incluso en tiempo de paz, está condenada a distintos sufrimientos..." y al mismo tiempo "se desarrollan varias formas de dominio totalitario, neocolonialismo, imperialismo, que amenazan también la convivencia entre las naciones" (R.H. n. 17).

SIC recibe con gozo la bandera evangelizadora del Papa. Como él desea penetrar el misterio de Jesucristo a través de la experiencia humana "que aumenta continuamente a ritmo acelerado" (R.H. n. 13); con él desea contribuir a que cada hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida; a su lado se compromete a denunciar todo lo que en nuestro país y en el mundo hace la vida del hombre menos humana. Porque SIC sabe desde su Fe en Jesús, como Juan Pablo II, que el don de Dios en Cristo que es la vida en plenitud, se recibe en la tarea que el hombre hace "en el mundo temporal".

EL AMBIENTE: INOCENCIA NO RECUPERABLE

La historia de occidente parece indicar que la humanidad avanza entre sobresaltos, sacudidas, sorpresas... pérdidas de inocencia.

A mediados del pasado siglo —para no ir más lejos— el materialismo histórico despierta de un cándido sueño a los hombres: no es la conciencia social la que determina el ser social, sino precisamente a la inversa. A comienzos del presente siglo, sería el psicoanálisis quien rompe otro largo letargo e introduce una inquietante sospecha en la vida humana: nuestra conducta tiene sus raíces más allá del campo de la conciencia... están enterradas en las desconocidas tierras del inconsciente que escapa de nuestras manos.

Hace sólo unos pocos años hemos recibido otra conmoción con la que perdimos una inocencia original que databa de los tiempos de la creación. Ahora el turno le ha tocado a la ecología que plantea el problema de la capacidad de este frágil planeta en que convivimos para hacer frente a las necesidades crecientes y a los modos de vida de una población que se multiplica geométricamente y agota aceleradamente los recursos disponibles causando daños a veces irreparables al medio ambiente y poniendo en peligro el precario equilibrio ecológico... todo ello en vistas al crecimiento económico al que se identifica con el bienestar.

A medida que la conciencia del impasse ecológico se va haciendo más febril, los ojos se vuelven a esa alianza de ciencia y tecnología alcanzada hace cinco generaciones en los centros capitalistas, y se les responsabiliza del agotamiento del planeta y la destrucción del ambiente para la vida. Gana cuerpo la duda de que pueda evitarse un desastroso revés ecológico aplicando simplemente a nuestros problemas más ciencia y más tecnología. Muchos plantean que hay que ir más lejos, hacia los fundamentos no explícitos de la ciencia y la tecnología en occidente.

Y aquí es donde parece que el cristianismo juega un papel importante si no se olvida que tras el problema ambiental está planteado el modelo de relación entre el hombre y la naturaleza que se inspira en la cosmovisión que aportó el cristianismo a occidente. En el relato bíblico el hombre aparece poniendo el nombre —apropiándose— a todos los animales. Explícitamente Dios aparece planeando toda la creación para beneficio y dominio del hombre. Mientras otras cosmovisiones sacralizaban la naturaleza, la cosmovisión judaica y luego cristiana se estrenaba sacralizando todo lo creado: toda la creación no tiene otro sentido que estar al servicio de los propósitos humanos... y el hombre a pesar de ser tan natural como la arcilla, está por encima de lo creado por ser imagen de Dios (Gen. 1,28).

Así, la cosmovisión cristiana es la más antropocéntrica que el mundo conoció nunca. No sólo establece el dualismo hombre-naturaleza sino que insiste en que el hombre explote la naturaleza para sus fines.

La ciencia natural, en occidente surge estrechamente ligada a motivaciones religiosas. Durante todo el medioevo y hasta Leibnitz y Newton, los científicos expresan sus motivos cognoscitivos en términos religiosos: al dominar intelectualmente la naturaleza se convertían, en "continuadores de los pensamientos de Dios". Sólo faltaba lo que logró la revolución industrial: el maridaje entre la ciencia teórica y la tecnología que potenció la posibilidad de intervención en la naturaleza... y ahora sin explicitar motivaciones religiosas...

Si a la base de la ciencia y la tecnología sigue estando presente el modelo de relación hombre-naturaleza que hemos descrito, será prácticamente imposible que la salida a la crisis ambiental provenga de más ciencia y más tecnología. El problema se hace aún más complejo si se tiene en cuenta que el desarrollo debe seguir siendo una meta indiscutible, al menos para los pueblos del tercer mundo, para los que una economía de crecimiento cero supone la perpetuación de situaciones de injusta pobreza.

Probablemente se impone un cambio en la cosmovisión que subyace a occidente. De hecho dentro de la tradición cristiana Francisco de Asís propuso una visión alternativa de reconciliación del hombre con la naturaleza que sustituyera la idea de ilimitado dominio sobre la creación. Si las últimas raíces del problema parecen tener origen religioso ¿sería descabellado pensar que al menos parte de la solución, también será religiosa?